

ILUSTRACION FILIPINA,

PERIÓDICO QUINCENAL.

AÑO II.

Manila 1.º de Febrero de 1860.

NUM. 3.

SUMARIO.

Cosecha del palay, *lámina*.—D. Simon de Anda, *crónica del país*.—Fantasía y la casa de Paulina, *poesías*.—Un ángel, *novela*.—Parte literaria—Reseña geográfica, científica, estadística, agrícola, industrial y mercantil de las provincias del archipiélago filipino, *parte científica*.—Revista de la quincena.—Mosáico.—Lámina autógrafa.

Cosecha del paláy.

CON grandes trabajos y penoso afán, se obtienen los preciosos dones de la tierra en algunos países donde aun después de ellos no es lo más generosa en recompensarlos; pero en la zona en que habitamos parece en cambio que la pródiga naturaleza se complace en ofrecerlos á manos llenas al menor esfuerzo que el hombre haga. Con solo mover un poco la superficie del terreno hay provincias en las islas Filipinas en que se dan dos y aun tres cosechas, sin necesitar los campos de descanso alguno, siempre fértiles y siempre productivos y fecundos, recompensando con usura la fatiga del labrador que en corto plazo vé colmados sus deseos.

Entre los varios cereales y plantas gramíneas que en estas islas se cultivan, entre el dorado maíz y la verde caña-dulce, descuella la del arroz, alimento principal de estos habitantes, con cuyo grano tienen satisfecha la primera necesidad de la vida y la mayor parte de su frugal comida. El corte ó siega de esta planta ya en su madurez, ó llamemos la cosecha del paláy, es lo que representa la lámina que ofrecemos en este número de la *Ilustración*.

Esta cosecha se verifica de diversas maneras según las provincias del archipiélago, y aun suele suceder que en una misma hay varios modos de recolectarlo. Nos detendremos en la explicación de la forma en que se verifica en la mayoría de las de la isla de Luzon que se llaman de tagalos.

En estas el colono ó inquilino siembra una porción de tierras bien sean propias ó bien las tenga en arrendamiento; en este caso tiene la obligación del corte del grano, pero como esta es operación que debe hacerse en una grande extensión de terreno simultáneamente por el estado igual de madurez del fruto, el cosechero ó el dueño del terreno busca hombres y mugeres cuando llega el tiempo de la siega, *gápas* como en el país se dice, para que ejecuten este trabajo; entre los primeros suele ir alguno que toca la guitarra y al

son de ella, los ánimos se alegran, hay menos pereza y se facilita la operación. Los campos de estas provincias presentan en esa temporada un aspecto animado y distinto completamente que en el resto del año; recuerdan las tardes del estío en las eras de los pueblos de Castilla.

El cosechero de la isla de Luzon prepara la comida y la merienda á todos sus jornaleros con abundante morisqueta y algunas golosinas, y les dá además un real por día que pagan entre él y el colono, aunque es comun que sea este solo el que lo haga.

Cuando la espiga del paláy se halla ya en sazón, y doblada sobre la tierra, se verifica su corte con unas cuchillas ú hoces, dentadas y ligeramente encorbadas que se llaman *carit*, de poco más de un palmo de longitud; cojen el paláy todo lo que la mano abarca á un tiempo y en un puñado, y lo van cortando á cosa de un palmo de la superficie de la tierra, dejándolo tendido en ella para que se acabe de secar; por las tardes recojen estos manojos para ir formando con ellos á su tiempo grandes pilas ó hacinas de caprichosas y regulares formas que llaman en tagalo *mandalá*, y que se asemejan á bonitos edificios, colocándolas en terreno elevado y que disfrute ventilación, hasta el tiempo de la trilla.

En la lámina que se acompaña se vé al grueso *maguinoon* ó arrendatario que contempla satisfecho su rica cosecha, rodeado de su familia y de sus criados. Todo parece le sonríe en su alrededor; por todos lados vé la abundancia y el contento; las blancas palomas rebototeando alrededor de los montones de la mies, el gallo vigilante, y unos gansos que graznan asustados del ladrido de un perro gruñón, concluyen el todo de este cuadro, en cuyo último término percibimos una estensa y fértil llanura adornada de los ricos dones que la mano del Altísimo derramó con profusión en este privilegiado suelo.

R.

Crónica del País.

DON SIMON DE ANDA. (1)

El más terco de todos los alzamientos de los indios fué el de Pangasinan. Comenzó la sedición por el pueblo de Binalatongan el 3 de Noviembre de 1762 con motivo de haber enviado el alcalde mayor un comisionado á cobrar el Real tributo: cundió á todos los pueblos

(1) Véase el anterior número.

de la provincia, y pedían que se quitase el tributo y el alcalde mayor, y se mudasen las justicias de los pueblos. A fines de Noviembre llegó D. Antonio Panelo à Pangasinan con título de teniente general, y órden del Sr. Anda para poner preso al alcalde mayor, que era hechura del arzobispo, y tenia sospechas de que habia alguna infidencia con los ingleses, aunque no se le probó nada. Luego que llegó Panelo se presentaron los indios alzados en la cabecera, pidiendo que se les quitase el tributo, y se saliesen los españoles de la provincia. Eran estos catorce con fusiles y pedreros: les decían los padres dominicos, que se defendiesen de aquella canalla, pero ellos amedrentados de la multitud, abandonaron la provincia, y seguían los indios en su rebelion. Los religiosos dominicos se juntaron en el pueblo de Asingan, y escribieron à sus respectivos feligreses que los dejarían sino se sujetaban al rey de España, de que resultó que vinieron indios de todas partes à suplicarles que volviesen à sus pueblos, prometiendo ir à la Pampanga à pedir alcalde mayor al Sr. Anda. Nada hicieron de cuanto prometían, de modo que fué preciso que nuestro gobernador y capitán general enviase tropas para sugetarlos. Salió D. Fernando Anaya con treinta y tres españoles, y cuatrocientos indios flecheros y llevaba quinientos cartuchos, que eran las únicas municiones que se le pudieron dar, por la escasez que habia de este género en la Pampanga. Llegó esta tropa por Cuaresma al rio de Bayamban, en cuya opuesta orilla tenían los alzados una trinchera con cañoncitos y pedreros. Se rompió el fuego de ambas partes; los nuestros pasaron el rio, tomaron la trinchera y pusieron en fuga à los indios, no obstante que eran mas de diez mil. Los persiguieron algo los nuestros, pero antes que se les acabasen los cartuchos, se retiraron ordenadamente. Murieron de nuestra parte cuatro españoles y cuatro indios, cuyas cabezas llevaron los rebeldes por los pueblos, las bailaron à su usanza, y se hicieron mas atrevidos.

Los padres dominicos estuvieron muchas veces à riesgo de perder la vida, algunos pudieron escaparse, pero los que quedaron se veían precisados à negar los sacramentos à los rebeldes, por lo cual querían matarlos, hasta que prevaleciendo el voto de las mugeres, y de los que no habian entrado en la rebelion, sino por fuerza, se determinó conservarles las vidas. Sobre estos trabajos tuvieron estos buenos religiosos el grande sentimiento de que se dudase de su fidelidad, sin mas motivo que el que no los mataban los indios. Infeliz era la situacion de los misioneros en estos tiempos. Si desamparaban las doctrinas se les culpaba, porque decían que de este modo se aumentaba la rebelion, si se quedaban en ellas, y no los mataban los indios por respeto, ó porque querían tener un confesor à la hora de la muerte, los hacían cómplices de sus delitos. Los padres dominicos vindicaron su honor completamente, y con sus sermones y la ayuda del Sr. obispo Ustariz, que apaciguados los Ilocos, vino à entender en la pacificacion de la provincia de Pangasinan, sosegaron algo à los alzados, y les obligaron à bajar à la Pampanga à pedir alcalde mayor al Sr. Anda. Los recibió con agasajo, les perdonó sus antiguos delitos, y les dió por alcalde mayor à Acevedo, que tomó posesion de su empleo el 5 de Diciembre de 1763.

No tardó Acevedo en conocer que el fuego de la rebelion estaba escondido, y no apagado: lo avisó así al Sr. Anda, y le pedia tropa para apaciguar la provincia. Despachó el Sr. Anda ciento y ochenta hombres de su campo para Pangasinan, y dió órden à D. Manuel Arza, que acababa de estirpar las últimas reliquias del alzamiento de Ilocos, para que se uniese con sus tropas à las que iban de Manila à cargo de D. Pedro Bonardel. Cuando supieron los alzados que iba tropa de Manila se juntaron tumultuariamente en el pueblo de Calasiao,

donde estaba el alcalde mayor con dos españoles y dos padres dominicos en el convento. Sitiaronlos los indios, pero ellos se defendían con los fusiles; no atreviéndose los alzados à asaltar el convento, tomaron el arbitrio de ponerle fuego. No les quedó otro recurso à los infelices sitiados, que refugiarse con los pocos víveres que pudieron hallar à mano en la torre de la iglesia, donde se mantuvieron cinco dias, hasta que sabida por nuestras tropas, que estaban ya cerca, su triste situacion, apuraron la marcha y los socorrieron, poniendo en derrota à los alzados. Siguió Bonardel al pueblo de Lingayen, haciendo correr à cuantas cuadrillas de alzados se le ponían por delante; fortificó aquel pueblo, donde se le juntó D. Manuel de Arza con muchos indios que trajo de Ilocos por mar y tierra. Dejando Bonardel toda su gente en Lingayen, tomó cincuenta hombres, y fué à San Fabian à librar al obispo, y algunos religiosos dominicos que tenían como presos los alzados. Desbarató los rebeldes, y no obstante que le tenían cortados los caminos, pudo unirse con lo restante del ejército.

A principios del año 1764 no habia quien se presentase en los pueblos contra nuestra gente. Se habían retirado los alzados al monte, llevándose à los religiosos que no pudieron unirse con los españoles; tenia cada trozo de rebeldes sus cabos particulares, y no se podía acabar con una batalla la rebelion. Determinaron los nuestros enviar diferentes destacamentos, y vencerlos poco à poco, y con paciencia. Iban ahorcando à los cabezas de motin conforme los aprendian, y perdonaban à la multitud, pero estaban tan tercios que aun viendo que no podían resistir, y que les era fácil acomodarse al perdon general, insistían tenazmente en la rebelion, la que no se acabó hasta Marzo de 1765. Murieron en esta expedicion de nuestra parte sesenta españoles, y ciento y cuarenta indios, y de los alzados mas de diez mil. Otros muchos rebeldes murieron de hambre, ó se pasaron à otras provincias, y en la primera liquidacion que se hizo despues del alzamiento, se halló, que faltaron en la provincia en todo este tiempo veinte y seis mil novecientos veinte y siete personas, que componían casi la mitad de su poblacion. Las demás provincias de las islas estuvieron sosegadas, y se mantuvieron en la obediencia del rey de España à las órdenes del Sr. Anda.

Hasta aquí el padre Zúñiga: tiempo es de que volvamos la vista à la capital, donde tuvieron lugar otros sucesos de importancia, aunque de distinto carácter que los referidos últimamente.

En 23 de Julio de 1763 llegó una fragata inglesa portadora de las treguas firmadas entre España, Francia é Inglaterra, que por lo pronto no surtieron el efecto deseado por cuestiones de fórmula digámoslo así. Los ingleses no reconocían mas autoridad que la del arzobispo à quien hicieron saber, con la solemnidad de costumbre, los despachos que habian recibido de la córte, y este prelado no obstante, los remitió al Sr. Anda que contestó ofendido de que los invasores no se hubiesen entendido con él directamente. Tal vez personas influyentes hubieran podido alcanzar desapareciesen tan insignificantes diferencias, que redundaban en perjuicio del país; pero desgraciadamente un incidente que por entonces tuvo lugar vino à hacer casi imposible todo arreglo amistoso.

El 26 de Agosto del mismo año arribó à Manila un navío inglés con los preliminares de la paz. El consejo británico sin duda por evitar cuestiones como las que habian surgido, los comunicó à D. Simon de Anda en su carácter de *Comandante en jefe de las armas de S. M. Católica*; pero como dicho Señor se creyese agraviado porque no se le daban los dictados de gobernador y capitán general de las islas, à los que creía tener derecho, se negó rotundamente à recibir los despachos



C. W. Andrews del. E. Giraudier. lit.

COSECHA DEL PALAY.

Lit. de Ramirez y Giraudier. Manila.



L.C.H.

referidos mientras no se le comunicasen en la forma indicada.

El gobierno británico publicó un bando en 19 de Setiembre siguiente en que manifestaba todo lo que había tenido lugar en este asunto y sus deseos de que cesasen las hostilidades; concluyendo con hacer responsable à Anda de las calamidades que pudieran espermentarse por su terquedad en avenirse à los tratos pacíficos con que se le brindaba. A este bando contestó Anda con otro fechado en Bacolor el 28 del mismo mes, en que decía no se le habían dado à conocer los preliminares de la paz de la manera conveniente; protestando que no podían imputársele las resultas de la guerra, y sí à los que impedían indirectamente que cesase por la línea de conducta que se habían trazado.

(Continuará.)

R. DE PUGA.

Fantasia.

Venid, génius alados de fugitivo vuelo
y al alma cariñosos prestadle inspiracion:
dejad por un instante vuestro fulgente cielo
dó moran los amores, la màgica ilusion.

Y en giros diferentes, en vuelos seductores
y en grupos caprichosos, remedos de placer,
venid y orlad mis sienes con perfumadas flores
el fuego alimentando en que me siento arder.

Vereis si vuestro aliento mi fantasía inflama
brotar del arpa mia la mas dulce cancion
que arranque el entusiasmo al que en ardiente llama
se abrasa de fé el alma de dicha el corazon.

Vereis como escondida del mundo la amargura
en la callada noche de oscuridad sin fin,
se lanza el pensamiento en pos de la hermosura
y en los floridos campos de un eternal jardin.

Vereis que canto historias de amores acendrados
que brotan por dó quiera un manantial de fé;
caricias pudorosas, ensueños regalados
que goza quien el mundo por bello prisma vé.

Vereis reproducidas las dulces cantilenas
que en la serena noche cantaba el trovador
junto el feudal castillo de góticas almenas
dó suspiraba triste la vírgen de su amor.

Vereis como trascribo la prez y la bravura
que muestra en el combate apuesto paladin,
lidiando desde el dia alumbra la espesura
hasta que el sol se esconde de Ocaso en el confin.

Vereis despues trocado tan triste panorama
en bullicioso circo dó brillan por dó quier,
finísimas lorigas de reluciente escama,
caballos que relinchan de orgullo y de placer.

Vereis la ardiente turba que aclama enardecida
al que en la lid por bravo el premio mereció,
y que en su pecho prende de amor enloquecida
la vírgen candorosa que en sus ensueños vió.

Vereis como del hijo que nace en el Oriente
junto à la erguida palma que mece el vendabal,
os cuento sus costumbres, y la pasion vehemente
que inspira de su cielo el diáfano cristal.

Los baños perfumados donde la esclava llora
ó en el eden florido que mayo acarició,
al recordar ¡ay triste! su infancia seductora
y el àngel cariñoso que su dormir veló.

Las danzas seductoras de giros voluptuosos
que anima el eco blando de música ideal;
los grupos juveniles ligeros y amorosos
formando encadenados conjunto sin igual.

Yo cantaré lo bello porque lo bello es santo;
yo haré de los desiertos vergeles de placer,
como la miel hiblea será dulce mi canto
y suave como el aura que vaga por dó quier.

Y lides, y torneos, y caprichosas danzas,
y el lujo del Oriente donde el placer nació;
y dichas, y deseos, y amores, y esperanzas
con misteriosa pluma pintaros sabré yó.

Pero velad en sombras oh génius portentosos
el mundo donde mora el pobre trovador,
mirando su amargura, sus campos arenosos
que estériles no pueden alimentar la flor.

Llegad, que el entusiasmo la mente me devora
ansiando de sus diques el círculo romper:
las nieblas desaparecen y miro embria, adora
de màgica poesia la luz resplandecer.

Llegad, mas ¡ah! que mundo contemplo ante mis ojos?
¿serà un sueño tan solo ó hermosa realidad?
¿Acaso le crearon mis fáciles antojos?
¿Es fruto del delirio? ¿Es cierta su beldad?

¿Tan bella perspectiva
es sueño solamente
que cubre prontamente
el velo mas sutil;
sus auras perfumadas,
sus rios y sus flores
son partos seductores
del ànima febril?

¡Oh! no son realidad! Es un presente
que hacen los génius prodigando flores
al pobre trovador que ecsala ardiente
con sus sentidos versos sus dolores.

Es una tregua al padecer que dura
mientras radiosa inspiracion le agita:
apagada su luz ¡ay! la amargura
otra vez en su ser se precipita.

¡Cómo cantar el corazon pudiera
contemplando del mundo la falsia!
Vedado al alma concebir le fuera
un destello no mas de poesia!

Cantemos, voguemos
en mundo tan bello,
su puro destello
trasunto es de amor;
y en él recobrando
la calma perdida
resbale la vida
cual sueño veloz.

R. DE PUGA.

La casa de Paulina.

*Strenua nos exercet inertia; navibus atque
Quadrigris petimus benè vivere. Quod petis, lùc est,
Est Ulubris, animus si te non deficit æquus.
Horatii epistolarum. lib. I.*

Brillante albor de enamorado cielo,
(Aquí se tira un clásico del pelo)
Recuerdo seductor del paraiso,
(Llámase así en Madrid el quinto piso),
Deja que torne de la mente el vuelo
A aquellas horas, que la suerte quiso
Olvidara à tu lado el duro suelo,
Y al portero pidiendo su permiso
Llegase brinco à brinco, tranco à tranco,
Al mundo superior del sotabanco:
(Que en el nuevo lenguaje de Castilla
Se dice sotabanco à la guardilla).

Heme en él ya, Paulina no ha venido,
Pero no echó las vueltas à la llave,
Y su llavin con maña habrá escondido
Donde su amigo solamente sabe;
Debajo de una punta de la estera
Que se puede alcanzar por la gatera.

Un pasillo
De dos varas,
Una alcoba,
Media sala,
La cocina,
Y à la entrada,
Una pieza
Sin ventana,
Donde duerme
La criada.
Esta morada
Por demàs mezquina,
Es la menguada
Casa de Paulina.

Pero no creas,
Bella lectora,
Que triste llora
Su condicion;

No: que su alegre
Jóven garganta
Mas dulce canta
Que un rui señor;

Y si al tejado
Sale Paulina
La crinolina
Para colgar,
No hay un vecino
Que no la mire,
Y no suspire
Por su beldad.

¡Pero, cual brilla
Por la limpieza,
Pieza por pieza
Su habitacion!

Tiene seis sillas
Bien charoladas,
Dos recortadas
Y un tocador:

Cierra su lecho
Blanca cortina,
De muselina
Con fleco azul;
Otra rayada
Guarda, escondidos,
Cinco vestidos
Y su baul:

Una consola,
Un candelero,
Un Espartero,
Y à su alrededor
Vasos de loza
De cien colores,
Llenos de flores
De la estacion.
Pero aun se nota
Mas de Paulina
En la cocina
Todo el valer,
En platos, fuentes,
Tazas, pucheros,
Que reverberos
Parecen ser:
El cazo cuelga,
Bien enjugado,
Teniendo al lado
Sobre el fogon,
La espumadera
Agujereada,
Acompañada
Del soplador:
Todo reluce
Como la plata,
Hasta la gata
Pitiminí,
Que ha originado
Mil arañazos,
Entre gatazos
De por allí.
Paulina viene:
Por la escalera
Con la portera
La entiendo hablar,
Y luego alegre,
Subir volando,
Tarareando
Sin respirar.
Llega agitada:
Segun mi cuenta,
Ciento cincuenta
Gradas subió;
Medio minuto
No habrá invertido,
Porque ha sabido
La espero yo.

Desdeñada del mundo, eres, Paulina,
De virtudes domésticas modelo,
Que à celebrar mi corazon se inclina;
Pero me asalta un natural recelo.

No sabe el mundo el mérito notorio
De la muger, cuyo valor promete
Ser fiel à los cordones de un cadete,
O el sueldo administrar de un meritorio.

No sabe lo que encierra de ternura,
Noble solicitud y economía,
La que su juventud, Paulina mia,
Dedica à su menage y su costura,

Y blandiendo una aguja entre sus manos,
A la miseria vence y sus enojos,
Sin perder el esmalte de sus ojos
Dulces, apasionados y tiranos.

Un Angel.

(Conclusion.)

IV.

Por espacio de tres dias no salió el conde de sus habitaciones, ni llamó á Rivera, que solo le vió á la hora de comer, tan sombrío y taciturno como de costumbre. En la mañana del cuarto dia, cansado de esta voluntaria reclusion, bajó á dar una vuelta por el jardin, teniendo la satisfaccion ó el disgusto de encontrarse con Concha á los pocos minutos.

Aquella sonrisa llena de hiel y sarcasmo de que hemos hablado varias veces, asomó en sus lábios, al notar que ella se detenía y le esperaba.

—¿Segun veo—la dijo—ya no os inspiro miedo, eh?

—Felizmente no, desde que os conozco, respondió la jóven con la ingenuidad que la era peculiar: y tan cierto es, que tan lejos de huir de vos, don Juan, os aguardaba hace rato.

—¡Hola! ¿Con que me aguardábais?

—Si; habiendo permanecido encerrado como un anacoreta durante tres dias, natural era que la necesidad de ejercicio ó el fastidio os trajesen aqui.

—Es cierto, repitió el conde, cediendo ya sin advertirlo á la dulce fascinacion que la travesura é infantil candidez de aquella criatura ejercían sobre él.

—Primero me imaginé que estaríais enfermo y pregunté por vos á don José María....

—¡Ah! ¿os habeis informado del estado de mi salud?

—¿Os sorprende eso? .. ¿y por qué?... mamá á quien referí nuestra conversacion del otro dia, y el placer que tuve al notar que mi canto y mis impertinencias os habian distraido por un instante, me dijo llena de contento «sé para nuestro bienhechor una hija tierna y agradecida, quiérela como querías á tu padre, y quizá en vista de nuestro proceder, se desengañe y abra su corazon á la confianza y á la felicidad.» Esto me dijo mamá, y yo, señor conde, para poner en planta sus consejos, por tres dias consecutivos he bajado á buscaros al jardin á esta misma hora, ansiosa de saber si.... mi *buen juicio*, como decís vos, y mis cantos, harian asomar otra vez la sonrisa á vuestros lábios. Pero no queríais salir, y....

—¡Estaba triste, muy triste! murmuró el conde enternecido.

Sus injustas prevenciones, sus ruines sospechas se desvanecian ante el candor y la sinceridad con que le hablaba Concha.

—¿Triste y encerrado?... ¿En qué pensábais don Juan?... ¿por qué no me habeis llamado?

—¿Me habría atrevido?...

—¿Por qué no?... mamá no tiene nada que hacer por las tardes; nada nos costaba reunirnos despues de comer, y pasar juntos la velada. Jugaríamos al ecarté; don José María que es un excelente músico, cantaría conmigo...

—¿Mi secretario, eh? repitió don Juan con frialdad; ¿cantais mucho con él?....

—Durante vuestra ausencia, sí; pero desde vuestra llegada, no sé por qué, no hemos vuelto á cantar.... y cuando digo no sé por qué, es por qué.... pero.... no quiero decirlo.

—¡Oh! ¡decídmelo! replicó el conde con viveza; vos sola teneis derecho para decirme cuanto se os venga á la boca... Me deleito en escucharos, porque os creo sincera franca...

—Todavía no he aprendido á mentir.

—Hablad pues.

—Se me ha metido en la cabeza que estais atacado de esa perversa enfermedad que los ingleses llaman *spleen*, y he creido que acaso yo, jóven inesperta, cuya franqueza y despropósitos os divierten tanto, conseguiría tal vez curaros, y lo que es mas, obligaros á creer en la virtud y en todos los nobles instintos del corazon humano.

—Algo difícilillo lo veo.

—He formado mi plan, y en estos tres dias no he pensado mas que en su realizacion.

—Y... ¿sereis bastante generosa para descubrírmelo antes que lo lleveis á cabo?... dijo el conde ofreciéndola el brazo y admirando el talle esbelto, el cuello de cisne y los sedosos y relucientes cabellos que oscilaban en torno de su espalda alabastrina.

—No tengo ningun inconveniente.... y lo haré con tanto mas gusto cuanto asi nunca podreis quejaros de que os he cogido desprevenido. Escuchadme con atencion.

—Todo me vuelvo oidos.

—En primer lugar, la causa principal de vuestra enfermedad dimana del fastidio. Nadie mas infeliz que los ricos desde que no tienen nada que hacer.... mas que fastidiarse. Para atacar de frente este mal, quiero que todo se anime y reviva un aire risueño á vuestro alrededor. En consecuencia, he dado mis órdenes para que los chiquillos del jardinero, á quienes no se permite jugar en el patio, por temor de que os molesten, brinquen y salten á su sabor cuando lo tengan por conveniente. Nada distrae, nada conmueve ni dilata el alma tanto como la alegría de los niños. Por la mañana iremos á dar un largo paseo en compañía de mamá y Rivera: por la noche os leeremos periódicos y folletos que recibís de Madrid, y que dejais aquí cuando os marchais sin haberles roto la faja siquiera. El ajedrez, la música, el canto....

—¡Magnífico programa! exclamó don Juan entusiasmado.

—Que confio realizar en todas sus partes—prosiguió Concha—y que de seguro aprobareis.

—El acento y la mirada de la encantadora niña, habian producido un efecto mágico en el conde. Su bello semblante animado por la esperanza del triunfo, resplandecía como ceñido de una aureola divina.

—Si, si, repitió D. Juan embelesado, seguiré vuestros consejos.... vos sois *mi ángel* custodio. Ensayaré este nuevo género de vida bajo el influjo de las inspiraciones que me deis. Disponed, mandad.... todos en esta casa, empezando por mí, son desde hoy vuestros esclavos. Pasaremos aqui el resto del verano, el otoño, el invierno.

—¡Ojalá!

—¿Quién puede impedirlo?

—Un negocio imprescindible que reclama vuestra presencia en la córte, segun me ha dicho vuestro secretario.

—No iré y santas pascuas.

—¿Y el negocio?

—Que se lo lleve el diablo.

—Mejor, porque tengo noticias que siempre volveis de la córte con un humor fatal. Mamá, por otra parte, asegura que hay aqui muchas reformas y mejoras que realizar.—Ella someterá á vuestro juicio sus ideas, las discutireis, dispondreis los trabajos, tomareis empeño en verlos terminados, y de ese modo ocupareis con provecho á muchos artesanos y labradores del distrito, os proporcionareis una distraccion honesta y útil, y nosotros tendremos la satisfaccion de tomar una parte mas ó menos activa en vuestras ocupaciones diarias.

—Teneis razon una y mil veces, mi linda consejera; en adelante haré todo lo que me digais.

—Entonces ya estais curado.

—Todavía no.... si supiéseis cuanto he sufrido.

—¡Bah!... si lo supiese es indudable que me sería mas fácil curaros.

—¿No os reireis de la excesiva susceptibilidad de un corazon demasiado amante? ¿No me creereis victima de locas y vituperables exigencias?....

—Os diré como siempre mi opinion sin rodeos.... y solo os pido que me hableis con la misma franqueza.

—Ya que lo exigís.... escuchad.

—Escucho.

—La muerte prematura de mi madre fué el primer dolor cuya influencia fatal acibaró mi vida.

—En efecto, ¡es una gran desgracia!

—Yo era un niño... tenia apenas siete años, y no obstante, comprendí el tesoro que perdía, y mi dolor fué tan intenso y duradero que, como os he dicho, influyó poderosamente en el resto de mi vida. Dotado de una sensibilidad exquisita, y acostumbrado á las caricias de mi madre que me amaba con delirio, necesitaba un cariño igual al suyo. Desgraciadamente mi padre no me amaba.... jóven y entregado completamente á sus ideas de ambicion, no tenía tiempo para pensar en mí. Volvió á casarse y me cupo en suerte por madrastra á una coqueta, á quien mi presencia importunaba. Me cobró aversion, tuvo hijos y les enseñó á que me aborreciesen, solo porque la mayor parte de la fortuna de mi padre me pertenecía. Asi pasé los años de mi niñez y los primeros de mi juventud, viviendo como un estraño, peor que un estraño en mi propia casa. ¡Ah! nunca podreis comprender cuanto sufrí entonces.

—Lo comprendo, dijo Concha profundamente afectada, y me habria muerto de tristeza en vuestro lugar.

—Me volví taciturno, sombrío, desconfiado, y entré en el mundo con el corazon gangrenado por el precoz hastío del desencanto del hogar doméstico. Ahora creo que, en realidad, mis estravagancias y el desapego de que hacía alarde alejaron de mí á algunos que hubieran querido amarme. No tuve amigos. Hice algun bien para aliviar mi corazon, y mi buen estrella quiso que tropezase con ingratos que se alababan á espaldas mías de los favores que debian á mi carácter singular é incomprensible, ó lo que viene á ser lo mismo, á mi necesidad. Por último, me enamoré de una jóven....

—¡Ah! exclamó Concha contemplando al narrador con doble interés y curiosidad.

—Bella, encantadora, noble, rica.... todo se reunía en ella para decidirme á ofrecerla mi mano... pero yo despreciaba al mundo, en el cual solo habia encontrado egoismo y decepciones, y á los veinte y cinco años era un misántropo peor que ahora. Obtenido el consentimiento de mi amada para pedirla á sus padres, la manifesté mi resolucion de vivir únicamente con ella y para ella, lejos de la sociedad, lejos de los indiferentes, lejos de esa eterna farsa nauseabunda que se llama mundo, en este bello y poético albergue.... Al oír esto, manifestándose muy sorprendida de mi estravagante modo de pensar, me dió á entender que mi proyecto la desagradaba altamente.—Esa vida, me dijo, es muy buena para quince dias, é insoportable trascurrido ese plazo. Me alegro que me hayais hablado con franqueza; todavía estamos á tiempo para retroceder.... los dos seríamos desgraciados.—Respondí que los lazos que nos unían se habian roto para siempre; salí de su casa y no volví á poner mas los pies en ella.

—Hicisteis bien.

—¡Terrible fué aquel golpe para mi corazon! perdí la última ilusion que me quedaba, la de conquistar por el amor el aprecio

y el cariño de un ser que me amase con un afecto puro y desinteresado; y desde ese momento me creí maldito del cielo y condenado á vivir y morir solo y abandonado á mi destino. Mi carácter se volvió mas y mas selvático cada dia; pronto degeneró en despótico é insultante. Veía temblar á todos á mi alrededor, y á veces gozaba en ello como si me vengase de la sociedad; á veces lo sentía y procuraba enmendar mi falta con un beneficio ó una demostracion de aprecio.

—Estoy cierta que la mayor parte de las veces y acaso siempre, sufriríais en vez de gozar. Pues bien, en el nuevo género de vida que os he trazado, hareis lo posible porque todos os amen y nadie os tema. La tristeza y la desconfianza os abandonarán, no bien les falte su principal apoyo, vuestro mal humor, vuestro detestable *spleen*.

—¡Ah! si os escuchase siempre, creo que me curaría radicalmente.

—Dios mediante asi ha de suceder.... A propósito, aqui vienen mamá y don José María que van á quedarse estupefactos cuando os vean sonreír.

Y notando la traviesa niña que, á pesar de su invitacion, el conde permanecía impassible, añadió:

—¿Qué es eso?... ¿ya estais otra vez sério? vamos, sonreios siquiera por galantería.

—Bien sabeis, mi hechicera directora, contestó él pasándose la mano por la frente, que despues de la tormenta no siempre el Iris asoma en el cielo.

—Es verdad.... paciencia.... será en otra ocasion.... si el tiempo lo permite.

Sonrióse el conde bien á su pesar y se encaminó con ella al encuentro de doña Clara y el secretario. Una vez juntos, don Juan, ansioso de ejecutar cuanto antes lo que habia prometido, los llevó hácia un vallado por el cual debian empezar las reformas y mejoras indicadas por la señora de Albarellos. Esta poseía una instruccion vasta, un juicio recto é indisputable gusto.... Don Juan quedó encantado de su conversacion, y combatió algunos de sus proyectos, solo por tener el gusto de escuchar su defensa y las interrupciones de Concha, cuyos bellos ojos chispeaban de placer al mirarle tan animado y dócil á sus consejos....

V.

El paseo y la discusion duraron hasta la hora de la comida, de modo que don Juan, que hacía mucho tiempo no disfrutaba momentos tan gratos, deseando prolongar su ventura, rogó á sus protegidas que le acompañasen á comer. Accedieron ellas, y en todo el tiempo que duró la comida, continuaron hablando con la misma animacion y jovialidad. Luego bajaron á la sala: el conde se arrellanó en un sillón. Concha pidió los periódicos de Madrid que habian traido por la mañana, les rompió la faja, y reclamando silencio del auditorio, con su voz fresca y argentina se puso á leer las gacetillas de la capital. Su manera de acentuar ciertas palabras y las picarescas reflexiones que intercalaba entre gacetilla y gacetilla, hicieron asomar la risa mas de una vez á los labios del misántropo. Despues tocó el piano y cantó, y con sus tiernas, angélicas melodías, arrancó á los ojos de don Juan algunas de esas dulces lágrimas, que al desprenderse del corazón lo dilatan y consuelan; cual bálsamo vivificante que seca y destruye sus mas recónditas llagas.

Durante un mes nada vino á turbar la envidiable armonía que reinaba entre los habitantes de la quinta. Los criados, sorprendidos del cambio extraordinario verificado en los modales y en los hábitos de su amo, y conociendo que lo debían á Concha, la llamaban *el ángel tutelar*. Estaba llena la quinta de obreros y labradores; el conde dirigía sus trabajos, y ella en la ausencia de doña Clara, se encargaba de hacer ejecutar sus órdenes. Un dia dispuso uno de los trabajos anticipándose á los deseos del conde, y como este la manifestase luego su aprobacion;—¡cuanto me alegro contestó ella, porque en verdad, á haberos desagradado, el mal era irremediable. La cosa estaba hecha, cuando recordé que no os la habia consultado.

—¿Para qué? añadió con afabilidad don Juan: Los ángeles tienen el don de adivinar á los pobres mortales.... Ya sabeis que aqui os llaman *el ángel tutelar*.

—¡Oh! ¡si yo fuese ángel!.... replicó ella moviendo la cabeza con un aire entre risueño y grave.

—¿Qué haríais?

—¡Mucho!

—¿Hay algo en el mundo que deseais con empeño, y no os es dado alcanzar? preguntó él con recelosa inquietud.

—No, repuso la jóven, procurando disfrazar tras una vaga y melancólica sonrisa, algun vehemente deseo escondido en el fondo de su alma: mi madre es dichosa; vos, señor conde, desde que seguís este nuevo método de vida, tambien pareceis dichoso.... ¿Qué mas podría desear?

—Para nosotros no, para vos.... insistió el conde titubeando.

—¿Para mí? dijo Concha abandonándose otra vez á su alegría; ¿por ventura la doble felicidad de mi madre y la vuestra no es tambien la mia?

Sin embargo, de vez en cuando, el dardo de una sospecha hería el corazón de don Juan, y era, fuerza es decirlo, siempre que veía á Rivera muy asiduo al lado de Concha. Sin poderlo reme-

diar y sin atinar á esplicarse la causa, sentía una impresion profunda y desgarradora, aunque momentánea, porque una mirada, una sonrisa, una palabra afectuosa de su *ángel tutelar*, disipaban aquella sospecha y devolvían la paz á su corazón.

Una mañana entró el secretario en el despacho del conde, y viéndole ocupado en escribir, se detuvo en el umbral.

—Sois vos, Rivera, le dijo don Juan con agasajo; acercaos, porque tengo ciertas ideas que necesito consultar con alguno.... con algun amigo.

—Gracias, mil gracias por ese honroso título que me dais, por vez primera, y que sé cuanto vale en vuestros labios.... Héme aquí á vuestras órdenes... y para corresponder dignamente á vuestra confianza, yo os comunicaré á mi vez cierto proyecto.

—Podeis empezar—dijo el conde soltando la pluma é indicándole con la mano que se sentase á su lado.

—No, primero vos.

—Debeis hablar primero por dos razones: la primera porque mi edad me permite escucharos con paciencia hasta que tengais por conveniente concluir; la segunda....

—Pues señor.... al hecho.... y seré breve ya que detestais los circunloquios. Estoy perdidamente enamorado de la señorita de Albarellos, y quisiera que tuviérais la bondad de pedir su mano para mí á su madre.

Palideció el conde, volvió la cabeza y cerró los ojos como asaltado de un vértigo que le quitase la facultad de pensar; y no sin un violento esfuerzo consiguió sobreponerse á su profunda emocion, y preguntar con estudiada indiferencia á su secretario:

—Y.... la señorita de Albarellos.... ¿os ama?

—No lo sé aun, contestó el aturdido: pero como soy el único jóven que hay aquí, me parece....

—Es claro... á no ser de vos ¿de quién diablos habia de enamorarse aquí?... añadió con voz breve y sarcástica don Juan. Con todo, es preciso preguntárselo.

—No me atrevo... ¡Si vos fuérais bastante bueno para hacerlo por mí!....

—¡Yo!.... En buen hora. Id vos mismo y suplicad de mi parte á doña Clara y su hija que vengan. No tardeis.

Rivera, aunque algo desconcertado con la frialdad y el tono áspero del conde, se apresuró á dar cumplimiento á su orden, y algunos minutos despues se encontraban Concha y su madre en la presencia de don Juan.

—Señora, dijo este dirigiéndose á la segunda con el aspecto sombrío y el acento brusco que gastaba en otro tiempo; mi secretario don José María Rivera que acaba de salir de aquí, ha venido á suplicarme que os pida en su nombre la mano de vuestra hija.

—¡El señor Rivera! repitió doña Clara con inequívocas señales de satisfaccion.

Concha se habia estremecido, y tenia fijos sus ojos en los del conde, que no la miraba.

—El mismo, señora, contestó secamente don Juan. Decidme si le quereis por yerno ó no.

—Señor conde.... tiempo ha que adiviné ese amor... La vista de una madre es muy perspicaz cuando se trata de la felicidad de sus hijos; no obstante, una pregunta semejante... hecha de repente... sin estar preparadas....

—Detesto los rodeos, señora, y soy muy torpe para envolver una idea en cien palabras inútiles. Nadie mejor que vos debe saber si le conviene ó no aceptar.

—Pues bien... en ese caso... ¿El señor Rivera sabe que mi hija nada tiene ni espera?

—Se lo he dicho... tampoco él tiene nada: pero eso no os dé cuidado... yo me encargo de su porvenir. Vamos, resolveos.

No sabiendo á qué atribuir el cambio repentino que se habia verificado en el conde, doña Clara avergonzada y confusa, dijo á media voz:

—Don José María es un excelente jóven, al que aprecio y quiero, no solo por su talento y apreciables cualidades..

—¿Es decir que aceptais?

—Si señor, si mi hija acepta. A ella le toca hablar.

Sonrióse la buena madre con malicia, porque estaba persuadida de que Rivera era amado, y que Concha esperaba impaciente el instante de rectificar con su consentimiento el suyo. El conde lo habia comprendido, y volviéndose de pronto clavó en ella una de aquellas miradas glaciales y desdeñosas, que tanto la habian afectado el dia de su llegada á la quinta. ¿Contestais hoy ó mañana, señorita? la preguntó con el mas profundo desdén.

—Señor conde, no acepto... dijo Concha con voz firme y resuelta.

—Estremeciése don Juan á su vez, mientras llena de sorpresa doña Clara y casi con enojo, al ver á su hija rehusar este enlace que era su dorado ensueño hacía dos meses, la apostrofaba en estos términos:

—Rehusas ¿y por qué? ¿no me has repetido un millon de veces que admirabas el carácter franco y leal del señor Rivera, su talento, el cariño y respeto que profesa á su anciana madre, sus nobles sentimientos y desinterés?....

—¿Y con tales cualidades... rehusais su mano?... murmuró el conde perplejo.

—Sí, respondióle ella con voz que se iba debilitando por grados;

sí... le aprecio, le estimo, le quiero como á un amigo, como á un hermano... no como á amante, no como al hombre á quien debe consagrar una su vida entera... el afecto que le profeso yo no sé definirlo... pero no me basta para unirme á él con eternos lazos, porque, sabedlo, no le amo... ni le amaré nunca!

Vencida por la violencia de su emocion, la pobre niña arrojóse en brazos de su madre, y escondió en su seno su rostro inundado en lágrimas. Doña Clara trataba de consolarla, aunque según decía, no podía comprender ni su negativa, ni su desesperación, ni su llanto. La dulzura con que don Juan la habló en seguida, la hizo presentir un secreto que la llenó de angustia y sobresalto. Permitid que nos retiremos, señor conde, le dijo, y perdonad este capricho de niña mimada, que me ha sorprendido tanto como á vos. Espero que mas adelante ella lo pensará mejor, y obrará como debe.

—Id en paz, señora, replicó don Juan sin desviar los ojos de la infortunada jóven; y en cuanto á vos, señorita, no consulteis mas que á vuestro corazon en una circunstancia tan grave, que ninguna razon de conveniencia influya en vuestras determinaciones, y sean ellas cuales fueren, nunca olvideis que en mi teneis el mas sincero y afectuoso amigo.

VI.

Ese dia á la hora de comer, la señora de Albarelos envió un recado al conde pidiéndole que la escusase sino se presentaba, porque tenía á su hija algo indispueta. Esta circunstancia bastó para que don Juan no hablase una palabra en toda la comida, y para que el secretario imitase su ejemplo. Los dos estaban taciturnos y pensativos.

Al otro dia por la mañana, cuando Rivera según costumbre, entró en el gabinete de don Juan para informarse de lo que tendría que hacer, este conoció que estaba aun mas triste que la víspera.

—¿Qué teneis, amigo mio? le preguntó: ¿caso la señorita de Albarelos se ha puesto peor?...

—¡Ah! no señor, al contrario, ya está restablecida de su ligera indisposicion.

—Entonces....

—Persiste en no casarse conmigo.

—¿Cómo?... ¿ella misma os lo ha dicho?

—En persona. Y con toda la bondad, con toda la dulzura imaginables no me ha dejado la menor esperanza.... me ha jurado que tiene hecha la firme resolucion de no casarse nunca para no separarse de su madre.

—Es lástima, amigo mio. Pero ¿cómo ha de ser! no es posible casarse con una chica cuando ella no quiere.

—Lo conozco, y fuerza será que me consuele. Siento únicamente que la señora de Albarelos, que según creo deseaba que este matrimonio se realizase, emplea ahora con ella un tono severo, y parece incomodada de su inobediencia. Mucho sentiría que la pobre Concha sufriese disgustos por mí. No es culpa suya si yo no he sabido agradaarle. Lo siento, pero no la acuso.

—No tengais recelo; yo arreglaré ese asunto. Hoy, mi querido Rivera, debéis tener muy pocas ganas de trabajar; tomad pues uno de mis caballos é idos á dar un paseo hasta Sevilla, el ejercicio y el tumulto de la ciudad, os distraerá.

—Gracias, señor conde, me aprovecharé de vuestra bondad, porque en efecto, necesito distraerme.

Momentos despues cruzaba el secretario á escape el camino real, divirtiéndose en acelerar ó contener la veloz carrera de su fogoso corcel. Don Juan entretanto meditaba, entregado á muy serias reflexiones; levantóse de repente como si hubiese adoptado una resolucion definitiva, se dirigió á las habitaciones de doña Clara, y entró con tanta precipitacion, que sorprendió á Concha llorando abrazada al cuello de su madre.

Adelantóse el conde audazmente fingiendo no haberse apercebido de su turbacion, y les dijo para justificar su inesperada visita:

—Disimulad si me he atrevido á penetrar hasta aquí sin hacerme anunciar.... deseaba saber si Conchita se ha mejorado, y....

—Sois harto bondadoso, señor conde, respondióle doña Clara con cierto embarazo hijo tal vez del conocimiento de su situacion; Concha esta mejor. La escena de ayer....

—No hablemos mas de eso, repuso el conde con afabilidad; nos ha entristecido á todos.... y á mi mas que á nadie. Mi *ángel salvador* me ha acostumbrado de tal modo á la alegría y á la ventura, que sin estas dos cosas no puedo ya vivir.

—¡Dios mio, cuánto lo siento!... exclamó doña Clara que cada vez parecía mas confusa y turbada; vuestra benevolencia me desespera, porque justamente en este instante.... estábamos pensando....

—¡Acabad!

—Sin duda os vamos á parecer unas ingratas; pero habeis de saber que Concha padece de los nervios. El médico á quien he consultado, me ha dicho que estos aires eran demasiado cálidos para ella, y que el clima de Madrid mas húmedo y frio la probaría mejor. Así, deseaba que me concediéseis un permiso de tres ó cuatro semanas para conducirla á la córte.

Doña Clara hablaba con los ojos bajos; don Juan contemplaba á Concha, que se habia puesto alternativamente blanca como la cera, y encendida como la grana, en el corto intervalo que duró la esplicacion de su madre.

—Vamos, todo puede conciliarse, contestó él alegremente, mi palacio de Madrid es vasto y en él puedo cederos sus mejores habitaciones. Dentro de ocho dias iremos á instalarnos en él, y de ese modo continuaré disfrutando de la dulce *vita nova* á que me habeis acostumbrado.

La madre y la hija cambiaron una rápida mirada llena de angustia, cuya verdadera significacion comprendió el conde.

—¿Hay por ventura algun obstáculo?

—No señor, pero.... he reflexionado que despues de la repulsa inmerecida que ha recibido el señor Rivera, convendria que la ausencia le ayudase á olvidar....

—Uno de mis hermanos ha sido nombrado ministro plenipotenciario en Roma.—Don José es muy aficionado á viajar; le haré agregar á la secretaría, y siendo un chico de talento no podrá menos de hacer carrera. Esto redundará en beneficio suyo.

—Ya lo veo... pero como he pensado en enviar á Concha á Málaga con una prima mia, á fin de que la suave temperatura....

—Pero considerad, señora, que no hace tres minutos habeis dicho que la sacábais de aquí, porque estos aires eran demasiado cálidos.... no creo que los de Málaga sean mejores. Vamos sed al menos lógica, y puesto que me habeis manifestado vuestros proyectos, escuchad ahora los míos. Tiempo nos quedará luego de escoger; y si no podemos convenirnos, me someto de antemano á la decision de mi *ángel tutelar*; escuchad:

Don Juan se aproximó á Concha, la tomó la mano y contemplándola con ternura, añadió:

—He dicho, señorita, que dentro de ocho dias partiremos para Madrid. Nos instalaremos en mi palacio, donde estareis tambien y tendreis el mismo absoluto dominio que aquí. Este invierno abriré mis salones á la buena sociedad madrileña, y gozaremos juntos de todos los placeres y diversiones de la coronada villa. Quiero vivir como un cortesano para encontrar luego mayor encanto en volver á mi antigua soledad, á esta quinta que vuestra presencia ha cambiado para mí en un Edem. Vereis si el clima de Madrid conviene á vuestra salud; me direis si estais contenta, si sois feliz, y en ese caso, yo me encargo de proporcionaros un buen marido, y....

—¡Señor, he jurado no casarme nunca!

—Mal hecho: nadie puede decir de esta agua no beberé. Vuestro corazon es noble y generoso y está dispuesto siempre á sacrificarse por los demás. Ahora bien, supongamos que un hombre.... de mi edad, por ejemplo, os dijese: «Concha, tengo treinta y dos años; treinta y dos años he sido desgraciado: ¿quereis vos, que con una sola mirada habeis trasformado mi vida triste y fatigosa en una vida feliz y llena de encantos; vos que os habeis aparecido en mi camino como el *ángel salvador* que Dios me enviaba para apartarme del sendero del mal; quereis coronar vuestra obra, uniendo para siempre vuestro destino al mio, obligándome á creer con una palabra en todo lo que para mí ha sido hasta ahora burla, decepcion y mentira? Decid, ¿me rechazaríais.... si os hablase de este modo?

—¡Oh! ¡eso no es posible, señor conde, no es posible! ¡no sois vos, vos quien me lo diría!...

—Soy yo, Concha, yo mismo, yo que os idolatro, y os pido de rodillas que acepteis mi amor!.... y vos, doña Clara, que habeis adivinado tan bien los sentimientos de Rivera, ¿no habeis adivinado igualmente los míos, para decir á vuestra hija que no vacile ni dude por un instante de la sinceridad de mis palabras?...

—¡Ah! no señor, exclamó la tierna madre llorando de placer; ¿cómo pude nunca soñar tamaña felicidad para mi pobre hija? Al contrario, quería partir y alejarla de vos, por qué....

—Calla, mamá, calla!...

—Comprendo.... su noble corazon sentía un impulso de piedad hácia mí.

—¡Un impulso de piedad!.... repitió la jóven mirando á su madre, y tendiendo al conde su preciosa mano con una sonrisa que envidiarían los ángeles.

—No, no era un impulso de piedad, era ternura, era amor! dijo doña Clara; ayer recién lo comprendí; ayer recién leyó ella en su corazon. Por eso llorábamos, por eso habia hecho la firme resolucion de alejar para siempre de vuestro lado á la imprudente niña que se atrevía á amarnos.

—¡Me amaba! ¡me ama! ¡Ah! ¿qué tesoro mas grande podría traerme en dote? á mí, ¡á quien nadie ha amado en la tierra!...

VII.

Dos meses despues, don José María Rivera regularmente consolado de su décima ó duodécima derrota habia partido á Roma en calidad de agregado á la embajada española en la córte pontificia. El *ángel tutelar* se habia trasformado en condesa; don Juan estaba radicalmente curado de su misantropía; y la señora de Albarelos, olvidando un pasado doloroso, se consideraba tan feliz como es posible serlo en este miserable globo sublimar, viendo la felicidad de su única y adorada hija, su idolatrada Concha, ¡el *ángel salvador* de ella y de don Juan!

Parte literaria.

POESIA.

Entiéndese generalmente por poesía, el arte, ciencia ó facultad de hacer composiciones en verso, y llámase poeta, por consecuencia, al que las hace; pero, semejantes definiciones, no tienen sino el pequeño inconveniente de haber muchos poetas, que en su vida podrán componer un verso, y muchos mas versificadores, que jamás comprenderán lo que es poesía.

Una obra en prosa puede ser altamente poética, y otra en verso eminentemente prosaica:

Es tan difícil la ciencia de definir, que no nos atrevemos à hacerlo ahora; contentándonos con indicar nuestra falta de conformidad con los significados referidos.

De aquí se origina la siguiente cuestion.

¿Cual es la línea de separacion, para no confundir al versificador con el poeta, y al prosista con el prosaico?

¿Quien tendrá suficiente osadía para fallar en los *casos dudosos* acordándose de Gongoristas y Cienfueguistas, tan enaltecidos y celebrados un tiempo, como proscriptos y ridiculizados en nuestros dias?

¿Quien, al recordar la animosidad y desprecio con que el Quijote fué recibido por los marisabidillos de su época?

Si pasamos revista à la literatura de cuantas naciones existen y existieron, hallaremos trazas evidentes, de que la manía de versificar à diestro y siniestro pertenece à casi todo el género humano. En Grecia y en Roma, como en España y Francia, tropezaremos à cada paso con festivas sátiras, escapadas de los estragos del tiempo, y encaminadas à poner en evidencia los menguados partos de pobres imaginaciones, contemporáneas sucesivamente de Homero, de Horacio, de Calderon, de Moliere y de Moratin.

A la par, y no pocas veces interrumpiendo las inspiraciones del génio, se han escrito, se escriben y se escribirán monstruosidades, acaso preferidas à las maravillas de la poesía, por un vulgo que escucha y aplaude pero que no conserva el objeto de su admiracion.

Transcurren cien años, y las composiciones que pueden aspirar à póstuma nombradía empiezan à agruparse en los gabinetes de los hombres entendidos; algunos siglos mas, y desaparecen los libros medianos, à no salvarse por circunstancias independientes de la bella literatura.

Pero las obras notables, que de la antigüedad nos han quedado, no creamos que fueron tan universal y justamente apreciadas al nacer.

Cada uno de nosotros està acostumbrado à llamar poeta dulcísimo y eminente à Ovidio, antes de haberle leído; y no pocos se estarían hablando del estilo de escritores, cuyo idioma ignoran absolutamente.

Esta es una razon para que no estemos del todo conformes, con algunas ideas vertidas por el Sr. Puga, en la carta à su apreciable amigo D. P., opinando que la literatura de nuestra época no tiene género determinado.

Es una simple cuestion de perspectiva.

Es preciso mirarla con el anteojo de la posteridad, que al darse cuenta de los monumentos sólidos que resten no verá interrumpidos sus perfiles por las falsas apariencias de los soberbios arcos triunfales de madera pintada, que los oscurecen ahora con su oropel mentiroso.

Es preciso esperar à que las obras de mérito real, no estén confundidas con las raquílicas composiciones destinadas à perecer; las mas felices en los papillotes de una dama, y las mas desgraciadas, en tan horrisono trance, que la sensibilidad nerviosa de nuestras lectoras no permite ni indicar siquiera.

Nosotros creemos (y no pretendemos ser infalibles) que la literatura de nuestra época tiene, por el contrario, un carácter especial, distintivo, filosófico, marcadísimo: que en el siglo XIX, para aspirar al título de literato, no basta saber rimar hiedra con piedra, y redondear un

período de prosa en forma agradable al oído; no basta simplemente la inspiracion; sino que son absolutamente indispensables una inmensidad de conocimientos preliminares: en una palabra, el maridage del poeta y del sábio que no tiene nada de antinatural, como algunos se figuran.

¿Pero no hay *reglas* seguras para sentenciar sobre el mérito de las obras de actualidad?

Si y no.

Existen esas reglas, porque nada carece de ellas en el mundo intelectual como en el material; pero no son bastante conocidas, para aplicarlas à *todos los casos*.

El célebre hablista, el entendido gramático D. Vicente Salvà, que tantos servicios ha prestado à las letras españolas, se espresa de este modo:

«En mi sentir, *todos los sistemas que son capaces de inventar los hombres dotados de verdadero ingenio, pueden conducir al acierto*. Cuando se escriba una poética fundada en esta máxima, tan liberal como cierta, entonces redundará en descrédito de una obra que se le aplique la censura de que *no está ajustada à las reglas del arte*.»

Opinamos del mismo modo, y la norma de nuestros escritos seguirá basada en esta idea, hasta convencernos de que no es acertada.

OLABE.

Parte científica.

RESEÑA GEOGRÁFICA, CIENTÍFICA, ESTADÍSTICA, AGRÍCOLA, INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE LAS PROVINCIAS DEL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO.

PROVINCIA DE LA PAMPANGA.

BACOLOR.

Es la cabecera ó capital de la provincia; dista de Manila 65 kilómetros; se halla situada en un terreno llano en la orilla derecha del rio de su nombre; tambien llamado Betis, el que recoge las aguas de los montes del Noroeste, hasta el de Arayat al Nordeste, desembocando en la bahía de Manila por la barra de Pasac. Desagua en él, el arroyuelo llamado Gogo por el Norte del pueblo, que está formado por las vertientes de los montes del Noroeste. Se halla en los 124° 48' de longitud Este, y en los 15° 45' latitud Norte. Confina por el Norte con San Fernando y Santa Rita, por el Este con Santo Tomás; por el Sur con Betis, y nipales de Minalin; y por el Oeste con Santa Rita. Las casas son generalmente de construccion sencilla y hay algunas que sobresalen del resto, como son la casa Real ó la alcaldía, la parroquial, y otras de particulares, y la iglesia, bajo la advocacion de San Guillermo. Se está construyendo una hermosa casa tribunal de sillería; pasa por este pueblo un camino real que comunica con Betis por el Sur, y con San Fernando y Mexico por el Norte. En el año 1858 se ha fabricado un buen puente de piedra que dá paso al mercado que se trasladó à una nueva plaza, y otros tres puentes mas pequeños. Existe en este pueblo un sencillo monumento erigido en el año 1853 à la memoria del Sr. Oidor D. Simon de Anda y Salazar en el mismo sitio que en el de 1762 en que salvó à Manila del poder de los ingleses, estuvo la casa real de la provincia, cuyos habitantes tanta parte tomaron en este glorioso hecho. Hay ocho visitas y once barrios. Se cosecha el arroz, azúcar y bastante añil; su terreno es fértil y productivo, regado por el arroyo Gogo, cuyas aguas beben sus habitantes.

Sus naturales son labradores, y algunos trafican con el producto de las cosechas; las mugeres además de ocuparse en hacer algunos bordados ó tejidos, y en la agricultura, hacen varios comestibles que espenden à los pasajeros.

El curato está desempeñado por padre agustino calzado de la provincia del Dulcísimo Nombre de Jesus.

Se fundó este pueblo en el año 1576, y ha adquirido su celebridad por haber sido la residencia del Gobernador capitán general el anciano y célebre Oidor ya citado D. Simon de Anda y Salazar en 1762, y capital de las islas, cuando la invasion de Manila por los ingleses; y de él salió, dicho Anda seguido de gran número de tropas de los naturales para su reconquista, espulsion del enemigo, y castigo de los chinos que tomaron parte en el trastorno.

BETIS.

Está situado en un terreno llano à la derecha del rio que se ha dicho anteriormente que desagua en la barra de Pasac, y que tambien toma el nombre de este pueblo, con varios esterillos y corrientes que le rodean, haciendo la mitad del terreno de su término sumamente pantanoso y cubierto de manglares y nipales.

Se halla en los 124° 47' 30" de longitud al Este, y en los 15° 58' 30" de latitud Norte.

Confina por el Norte con Bacolor; por el Este con Minalin por el rio Pasac, por el Sur con Guagua y los nipales de Macabebe, y por el Oeste con Santa Rita, Porac y tierras de Guagua; y de las alturas de este pueblo baja un arroyo de agua muy buena y clara; hasta cerca del pueblo de Betis, la cual usan sus habitantes; dista de Bacolor unos dos kilómetros. Hay dos capillas ó visitas y siete barrios.

Las casas son sencillas, la iglesia está fundada bajo la advocacion de Santiago apóstol; tiene caminos buenos que comunican con los pueblos inmediatos de Bacolor, Guagua y Santa Rita.

Se cosecha arroz, azúcar, añil y maiz; el clima es ventilado y saludable.

Sus vecinos son agricultores, beneficiando estas cosechas que conducen á la capital y aun á Manila así como los comestibles, legumbres y hortalizas; fabrican vino de nipa y las mugeres se dedican á la agricultura y labores varias.

Su curato está tambien servido por padre agustino calzado.

Fué fundado en 1608 bajo la advocacion que ya hemos indicado de su iglesia.

GUAGUA.

Se halla situado en terreno llano, orilla del rio de su nombre que tambien llaman de Pasac, en los $124^{\circ} 47'$ de longitud al Este, y $14^{\circ} 38'$ de latitud al Norte. Confina por dicho rumbo con Betis y las sementeras de Santa Rita, por el Este con Minalin, por el Sur con Sexmoan y Macabebe; y por el Oeste con terreno de Caompavit y Lubao.

Tiene buen caserío y aunque en general es de sencilla construccion, hay algunos muy buenos edificios y casas particulares de toda comodidad. La iglesia es buena, y se fundó bajo la advocacion de Nuestra Señora; hay un edificio de piedra ocupado por la administracion de rentas, y varias tiendas de chinos y mestizos. Existen tres visitas ó capillas. Se comunica con Betis y Sexmoan por buena carretera, y tiene tambien caminos para todos los inmediatos pueblos. Hay un buen puente de piedra y dos de madera sobre el rio y esteros. Se cultiva el arroz, maiz, caña dulce, añil, legumbres y alguna fruta; hay fábricas y beneficios de azúcar, tuba, vino de nipa, tejido de ella con su hojas, beneficio de añil, hornos de cal, y se tejen telas ordinarias; trafican sus vecinos bastante activamente con otros pueblos de la provincia. El agua del rio no puede beberse por alcanzar la salada en las altas mareas, pero se usa la del arroyo llamado Sapangtua que viene de los montes por la parte de Noroeste. En este punto concurren como á un pequeño puerto todos los cascos, paraos, bancas y hasta los pequeños vapores de la empresa de Manila; tanto desde esta capital, como de otros puntos, entrando por las barras de Pasac ó Badbod de la bahía de Manila. El curato de este pueblo está servido por padre agustino calzado.

Data su fundacion del año 1590.

SEXMOAN.

Pueblo tambien en terreno llano como el anterior al que está prócsimo, y á la orilla del mismo rio; las tierras de este son algo mas anegadizas, llegando su jurisdiccion por la derecha á la barra de Pasac con varios rios y esterillos que se estienden por toda la parte Sur y Oeste, hasta la orilla de la bahía, llamando los naturales las *Carboneras* á todos estos terrenos que lindan con la provincia de Bulacan. Se halla situado en los $124^{\circ} 46' 30''$ de longitud Este, y $14^{\circ} 55'$ de latitud Norte. Confina al Norte con Guagua y Lubao; al Este con Macabebe y el rio; al Sur con la bahía de Manila; y al Oeste con Lubao y los nipales de su misma jurisdiccion hasta el barrio de San Esteban del de Macabebe. La iglesia de este pueblo es notable por su buena construccion; la casa parroquial tambien es buena, y el caserío es mediano; tiene como todos estos pueblos escuela de primeras letras. Se ha construido últimamente una buena casa tribunal.

Hay cinco visitas ó capillas correspondientes á ocho barrios.

Lo pantanoso de sus alrededores no proporciona fácil comunicacion, pues cubren sus esteros, espesos nipales, sin embargo el rio principal que dirige á Guagua, es muy descubierto y conocido. Las tierras de labor son en corto número y escasamente basta su cosecha para muy pocos habitantes. Se comunica con los pueblos inmediatos por agua y por algunas calzadas. Se produce algun arroz, maiz y caña-dulce, hay algunos manglares y trafican con su leña; beben el agua de algunos riachuelos inmediatos que provienen de los montes de Santa Rita y Porac. Sus habitantes se ocupan en tejer nipa, fabrican vino de la misma planta, hacen carbon y un poco de vinagre; otros se dedican á pescar y hay algun trapiche de azúcar.

El curato es de padre agustino calzado.

LUBAO.

Se halla situado en la orilla izquierda del rio de su nombre ó de Pasac, que recoge las aguas de las montes de Noroeste y de Porac y entra en la bahía por varias barras prócsimo al pueblo de Orani de la provincia de Bataan. El terreno es desde el Sur al Este bastante pantanoso, y en algunos sitios cubierto de mangle, por Oeste es montañoso, pues son las faldas que miran al

Este de los montes que dividen la provincia de la Pampanga de la de Zambales y siguen á unirse con los de Bataan. Se halla situado en $124^{\circ} 30'$ longitud al Este y $14^{\circ} 57'$ latitud Norte. Confina al Norte con Santa Rita y tierras de la hacienda de Balete; al Este con Sexmoan y Guagua; al Sur con la bahía, los nipales y sitio de Cumi, y al Oeste con los montes y terrenos de Porac y un brazo del rio Pasac.

La iglesia es de fábrica mediana, está bajo la advocacion de San Agustin; la casa parroquial es buena y el caserío del pueblo de nipa, como en todos los de la provincia, pero bastante mediano.

Hay un buen camino que comunica con Santa Rita, Guagua y Sexmoan, y otro para la provincia de Bataan que se halla obstruido hoy dia. Se cosecha arroz, caña-dulce y añil, en los montes del Sur de su jurisdiccion se hallan varias clases de maderas, útiles para construccion, y fábrica; como palmas-brabas; mucho gogo y árboles de malapajo y banao. Estos montes que son los que hemos indicado antes, corren por las provincias de Zambales y Bataan; están habitados por los aetas infieles ó negritos, algunos de ellos son bravos y feroces, metidos entre aquellas espesuras de donde salen para sus robos de vacas y lo que pueden coger. Los vecinos de Lubao beben el agua del rio, que viene de Porac pasando por el sitio de Calantas y hacienda de Caompavit, y pasa á la derecha de la poblacion. Hay en el pueblo ocho puentes de madera sobre los esteros.

Se ocupan de la agricultura, caza de venados, corte de maderas y cañas espinas y bojas; fabrican azúcar y añil, con lo cual, la leña de los manglares, y la nipa, hacen algun comercio en los pueblos prócsimos, y hasta en Manila. Las mugeres fabrican algunas telas.

El curato de este pueblo está desempeñado por padre clérigo secular.

La fundiccion de Lubao data del año 1575 y se conserva memoria que ha habido en él una instruccion especial, y hasta ha tenido una imprenta; pero todo esto ha desaparecido en el dia.

SANTA RITA.

Está situado en terreno llano prócsimo al arroyo llamado Sapangmatua, ó Esterillo viejo, que viene de los montes de Porac, en los $124^{\circ} 45'$ longitud Este, y $15^{\circ} 20'$ latitud Norte. Confina al Norte con terrenos de Culiati, y montes de Zambales; al Este con Bacolor; al Sur con Lubao y Guagua; y al Oeste con Porac. Hay iglesia parroquial de buena fábrica; y casas humildes con alguna que otra algo mejor, en nueve barrios; hay una capilla y cinco puentes entre el caserío. Parte desde aquí un camino para el pueblo de Porac, otro al de Lubao, otro á Bacolor y otro á Guagua pasando por Betis. Se cosecha arroz, maiz, caña-dulce, abacá, algodón, ajonjolí, legumbres y frutas. Carecen de montes sus términos, y así hace falta leña, que tienen que comprar á sus vecinos; beben los del pueblo el agua del arroyo de que se ha hablado.

El clima es templado y saludable como el de todos estos pueblos de la provincia.

Los naturales son labradores, fabrican azúcar, añil y tintarron. Las mugeres tejen algunas telas.

El curato está servido por padre agustino calzado.

Este pueblo fué fundado bajo la advocacion de Santa Rita.

PORAC.

Este pueblo está situado á la orilla del rio de su nombre en un terreno á la caída de las faldas de los montes del Oeste, debajo de los conocidos por Pinatubo y Abo, en dichas faldas hasta la cima de la cordillera divisoria de esta provincia con la de Zambales; tiene los barrios de Mapapan Sagpampias, Masipit, Puntapias, Sapangmatua, Mabuanbuan, Agtasnan, Campanan, Sucluban, Gogo y Macatra, compuestos de reducido número de casas; y tiene á su alrededor otros montes como el de Malulungabun en los cuales suele haber negritos; y para defensa del pueblo contra ellos, hay una pequeña fortaleza; tambien está en su término la hacienda de Caompavit que comprende el sitio de Galantas. Se halla situado en los $124^{\circ} 42'$ longitud Este, y los $15^{\circ} 4' 20''$ latitud Norte, á la orilla del rio llamado de Porac que desemboca en la bahía, despues de haber tomado los nombres de Lubao y Pasac y recibido el afluente llamado Malaylay: este rio trae agua muy cristalina impregnada de zarzaparrilla que crece con abundancia en sus orillas. El término del pueblo confina al Norte con Culiati y hacienda de Dolores: al Este con Santa Rita; al Sur con Lubao, y al Oeste con los montes límite de la provincia de Zambales; donde habitan algunos aetas ó negritos, que se los cree en razon de la consonancia con todos los demás indígenas de la zona torrida, los primeros habitantes de estas islas que huyendo de los malayos, que luego vinieron á poblarlas, se fueron subiendo y retirando á esconderse en los montes y en la espesura de sus impetrables bosques; son pequeños, flacos, enfermizos y de color negro, pelo crespo rizado y lábios prominentes que sobresalen de su nariz chata; viven casi desnudos, y en algunos parajes se cubren la espalda con una hoja de palma, que llevan puesta al cuello, y por la cintura cuelgan cualquier pedazo de trapo ó lienzo que puedan hallar; tienen sus pequeñas casas ó chozas compuestas de cañas ó cogon, y siembran algun paláy, maiz, camote, ube, gabe, mongos y algo de tabaco; con cuyos frutos hacen algun comercio bajando á los pueblos

cristianos y reducidos donde les dan en cambio numerario ó cualquier efecto útil que necesitan. Estos infieles aetas ó negritos se dividen en varias clases que cada una tiene sus costumbres, idiomas y traje; entre ellas se conserva la de los balugas; también hay una clase de indios llamados *batanes* fugitivos de los pueblos civilizados ó sean remontados como en el país se les llama, que viven miserablemente en chozas y cultivando una corta cosecha, y cazando venados y carabaos que abundan en las asperezas; son de malas costumbres, y aficionados al hurto; ocultan sus rapiñas en parajes y escondrijos de los bosques, que es harto difícil ser halladas sin esponer la vida.

Tiene el pueblo de Porac mediano caserío, iglesia parroquial y una capilla; hay camino para Santa Rita y para Angeles, y otras veredas de á caballo para la provincia de Bataan y pueblos de Culiati y Bacolor.

Se cosecha arroz, caña-dulce, ajonjolí, añil, legumbres y frutas. Dan los montes próximos buenas maderas, y se recoge alguna cera. Se dedican sus habitantes á la agricultura, y las mugeres hacen algunos pocos tejidos.

El curato está servido por padre agustino calzado.

Este pueblo está fundado bajo la advocacion de Santa Catalina Virgen y Mártir.

(Se continuará.)

R.

Revista de la quincena.

En nuestra revista anterior,—como quien dice, ayer—no tuvimos ni tiempo ni espacio para reseñar con algunos detalles, al menos, uno de los sucesos mas culminantes de aquella quincena; cual fué el que tuvo lugar en la tarde del día 12 del pasado Enero.

No se necesita, seguramente, haber estudiado en Salamanca, para comprender el *por qué* tuvimos entonces la necesidad de conformarnos con la ligera indicacion que hicimos de aquel suceso. Basta solo parar mientes en que el día 15 se distribuyó muy de mañana nuestro periódico, y en que, para una publicacion de esta índole donde la parte litográfica y tipográfica, procuran echar el resto en esmero y pulcritud, ha de ser á costa de hallarse reunido todo el original con una antelacion considerable.

Pero hoy hallamos oportuno, todavía, el hacer mérito del indicado suceso, como nota aclaratoria del dibujo autógrafo del Sr. Andrews que aparece en la última página de esta entrega y que representa el momento en que el Esmo. Sr. Teniente General D. Fernando de Norzagaray y su apreciable familia, se dirigían á embarcarse en el vapor del Estado *Narvaez* para regresar á la Península.

La despedida de aquel alto funcionario, estuvo rodeada de incidentes tan significativos y espontáneos, que bien merece le consagremos algunas líneas, aun cuando no sea mas, si no para que en la parte histórica que vaya reseñando esta publicacion, se halle consignada una nueva prueba de la lealtad y gratitud con que corresponden los pueblos á los beneficios que reciben de sus gobernantes.

Así diremos, que todas las autoridades y funcionarios públicos con un número considerable de particulares, acudieron, en el citado día 12, al Real Palacio para ofrecer su adhesion y reconocimiento al digno Gefe que durante tres años habia gobernado estas islas, procurando su bien estar y prosperidad, con infatigable celo.

La multitud se apiñaba á esperarle desde las tres de la tarde en la plaza, en las avenidas del tránsito, en los balcones, en las murallas y en los muelles.

En el de Magallanes, donde le esperaba la falúa de la Capitanía General, se habia formado un lindo templete. Todos los buques surtos en bahía y en el rio, estaban empavesados y llenos también de gente.

Los vapores mercantes *Filipino* é *Isabel II* fletados por los comerciantes y las corporaciones, suspendieron aquel día sus salidas á Bulacan y la Pampanga, y en union de todas las falúas disponibles y un extraordinario número de bancas engalanadas, formaron el mas vistoso y animado acompañamiento que puede imaginarse.

A las cinco y media la salva de la plaza y las músicas que se oían en todas direcciones, anunciaron el embarque del General y de su familia, cuya despedida, á bordo del *Narvaez*, fué verdaderamente sentimental y conmovedora.

Y no es de estrañar fuese así, cuando desde el día en que circuló la noticia de que la dimision del General Norzagaray habia sido aceptada por S. M., fueron continuas las pruebas que obtuvo, hasta por los estrangeros, de que su mision en las islas estaba cumplida con todo el interés y acierto que la historia de sus diversos mandos auguraba, y aquellas pruebas fueron también, el anuncio de la ovacion completa de que iba á ser objeto al alejarse. Era el impulso de un sentimiento de gratitud en todas las clases; era la última expansion del pesar general que su ausencia causaba; era en fin, un voto unánime y sincero por la felicidad del que prodigó á estos pueblos todo el bien que nuestra augusta soberana le encomendara.

Concretándonos ahora á los acontecimientos de la quincena, vamos á dar la preferencia á lo que nos ocurrió en el camarín de Quiapo vulgo teatro del mismo nombre, la noche del 25.

Estábamos sentados, con la postura mas cómoda que nos permitía una silla de brazos construida evidentemente en la Laguna, viendo ejecutar *La Herencia de un valiente*; *Las dos bodas descubiertas*, y *El regreso de un soldado* que constituían lo esencial del programa de la funcion anunciado para aquella noche. Conforme se deslizaban las horas, íbamos compartiendo nuestra atencion entre el animado cuadro que presentaba aquella nutrida reunion; el interés respectivo de aquellas producciones puestas en escena; la grata novedad de ver salir con notable lucimiento, en su estreno, á un jóven aficionado, que no ha tenido otro estímulo que su inclinacion natural, ni mas director que sus bellas disposiciones, y entre el justo sentimiento, en fin, de que no brillaran, por su ausencia, las que en todas las reuniones forman el foco de atraccion por sus encantos.

Esta última parte era la mas sensible, la que nos hería y afectaba mas, entregándose, por tanto, nuestra imaginacion, á inquirir la causa, el *por qué* solo habia en el teatro un número de señoras tan reducido, siendo así que la funcion no dejaba de inspirar algun interés y curiosidad. Insensiblemente se fueron engolfando nuestras ideas sobre este punto, como punto muy sustancial, y nos encontrábamos absortos entre multitud de pensamientos, cuando de improviso, como si se hubiese interpuesto una espesa nube ante nuestra vista para ocultarnos cuanto forma la construccion y decorado del teatro y de cuyos materiales y hornato deduciamos consecuencias poco favorables, apareció entre aquella vaga oscuridad una figura celeste á quien rodeaba una aureola semejante al tenue resplandor del crepúsculo.

Era blanca como un copo de espuma; su cabello tan rubio como los rayos del sol y tan fino como el hilo imperceptible de nuestra existencia, caía suelto sobre sus hombros y espalda, cubriéndola con un manto de oro mas brillante que la gasa de la isla de Ceos, llamada por los poetas aire tejido: su tez rosada como la aurora, tenía la tersura del mármol de Paros y la suavidad del algodón cardado; sus ojos belados por hermosísimas pestañas, miraban con la dulzura de la paloma y la espresion de una virgen de Murillo; su frente era pura como el rocío y su boca risueña como una ilusion. Vestía túnica de seda verde que flotando en sueltos y airosos pliegues marcaba unas formas deliciosas, cuya morvidez hubiera envidiado el cincel de Fidias, y sus mangas abiertas dejaban ver un brazo digno de la mas bella estatua de Praxiteles. Ceñía su cabeza una corona de rosas y en la mano llevaba una copa.....

¡Ah, prógimos! ¡prógimos!

«Los ojos se os encandilan,
mala señal és!»

Nos parece estar leyendo en vuestras miradas el interés y la mas viva curiosidad por conocer à este ser encantador. ¡Ciegos! que no le habeis conocido desde luego, cuando tan familiarmente le tratais y cuando vuestra voluntad hace tiempo se halla sujeta à él con lazos indisolubles.....

Aquella divina aparicion era la *Esperanza*.... Sí, la *Esperanza*, ese solaz de los mortales aflijidos, cuya voz resuena en los corazones como el arpa de David en los oídos de Saul; como la lira de Orfeo en los subterráneos de Menfis; como el acento de Homero entre los habitantes de Chio. La *Esperanza*, sin la cual el mundo sería un abismo de dolores, un caos de males, y un mar de lágrimas.

Ella, tan hermosa, tan deslumbradora, fué la que graciosamente se presentó à nuestra vista y dirigiéndonos una mirada llena de benevolencia y de cariño, se encaminó al escenario, vertió su copa y, como por encanto, se elevaron por los aires la plaza de Cavite, la bahía con sus buques y parte de la capital;.... pero, no hay que asustarse, lo que verdaderamente se elevaba, era el telon de boca que representa ó quiere representar los puntos de vista que se han indicado.

Entonces, ¡oh sorpresa! en vez de bambalinas y bastidores, en lugar de toscos telones y enseres humildes, dejóse ver un soberbio salon, suntuosamente adornado; vestidas sus paredes de elegante y rico papel; lujosas arañas y lámparas de reverbero pendían del techo, proyectando su radiante luz sobre magníficos espejos; divanes forrados de damasco; cortinaje adecuado en las puertas de los balcones; una estensa mesa cubierta con un tapete en cuyas caídas se veían bordadas las armas de la ciudad; escribanías de plata, virinas, candelabros, sillones, etc. etc. acababan de completar el espléndido adorno y compostura de aquel regio aposento.

Las escualidas figuras de los actores habian desaparecido tambien, para dejar plaza à una selecta reunion. Componíase de una comision del Escmo. Ayuntamiento presidiendo à un considerable número de propietarios capitalistas, banqueros, comerciantes nacionales y extranjeros y otras personas de desahogada posicion social. Se trataba de constituir una asociacion para erigir un coliseo digno de la cultura é importancia de esta Capital: y, à imitacion de lo que se hace en otros paises, la municipalidad garantía la empresa subvencionándola con un interés de 4 ó 5 p^o al capital invertido. Las acciones eran transferibles y representaban el derecho ó propiedad, à un palco, una luneta etc. sin la entrada. Estas acciones eran amortizables. La discusion versaba ya sobre el personal ó los artistas que debian dar vida y movimiento al coliseo. Los mas entusiastas pretendian se contratara hasta una compañía italiana, otros mas tímidos, se contentaban con una compañía dramática, utilizando los elementos del pais y trayendo de Europa solo las partes indispensables: pero un individuo de la presidencia conciliando todos los extremos y despues de probar, con un razonado discurso, la conveniencia y necesidad de crear un buen plantel de artistas, para que despertasen la aficion y sirviesen de buenos modelos que imitar, propuso se dotara, al proyectado coliseo, con una compañía cómico-lírica; nada difícil de conseguir, buscando el personal en aquellas poblaciones donde ecsisten colegios de música y declamacion y en donde salen cada año discípulos aprovechados y sobresalientes. La conviccion, la fé y el entusiasmo del orador, le valieron estrepitosos aplausos; nosotros tambien empezamos à aplaudir con estrépito, cuando sentimos una mano fuerte y nervuda, cuyos dedos, como garfios de hierro, se habian apoderado de uno de nuestros hombros y nos zarandeaba como à un pandero.

Era un íntimo amigo que nos acompañaba y que nos hacía comprender todo lo ridículo de aquellos aplausos estemporáneos, pues hacía un cuarto de hora que habia terminado la funcion.

Indudablemente habiamos soñado y es un rudo contraste soñar con cosas agradables y que lo despierten à uno bruscamente para abrir los ojos à la realidad, siempre triste y descarnada.

Confiamos à nuestro amigo la aparicion que habiamos tenido en el teatro, y el bueno del hombre se encojía de hombros como quien dice—¿qué me importa eso? Y es verdad, porque tiene una novia muy linda y va à casarse pronto; pero cuando empezó à oír lo del proyecto de teatro, puso una cara tan original como la suelen poner los que olfatean una cosa que huele mal, y à regañadientes nos dijo.—¿Qué teatro ni que teatro? ¡Casas, amigo mio; casas!—Nosotros creyendo que se refería à un bolero de este apellido le replicamos,—Lo que es Casas debe estar ya muy viejo para hacerle emprender tan larga navegacion; pero indudablemente es lo mas sencillo del mundo hallar buenas parejas de baile y hasta un cuerpo coreográfico.... Aquí nos interrumpió impaciente—¡Qué diantres! ¿està V. soñando todavía? Lo que yo digo és, que hacen falta edificios, casas, donde se pueda alojar la gente decente.—¿Y por que nó un teatro tambien? le volvimos à replicar en el mismo tono. O no quiso ó no tuvo que responder y se terminó nuestra cuestion, separándonos; como vamos à terminar esta revista sin decir una palabra sobre las fiestas de Tondo, de Pandacan y de San Sebastian; sin mencionar los animados bailes en la casa-aguada de las *Torrecillas*; y sin indicar otras muchas cosas mas que pudiéramos decir.

«¿Tanto me costaría?
Pero tengo que hacer,
Hasta otro dia.»

OPAC.

Mosaico.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

Los enamorados son ciegos pero los celosos tienen oídos y ojos de lince.

Los amantes se vuelven tontos, porque son como el barro que se endurece al fuego.

El hombre nace para sufrir; la desgracia es su elemento.

La imaginacion es la mas bella de todas las flores.

Lo que mas atormenta y mayor mal nos causa à todos, es que casi nunca tenemos fuerza suficiente para escuchar fria y completamente à nuestra razon.

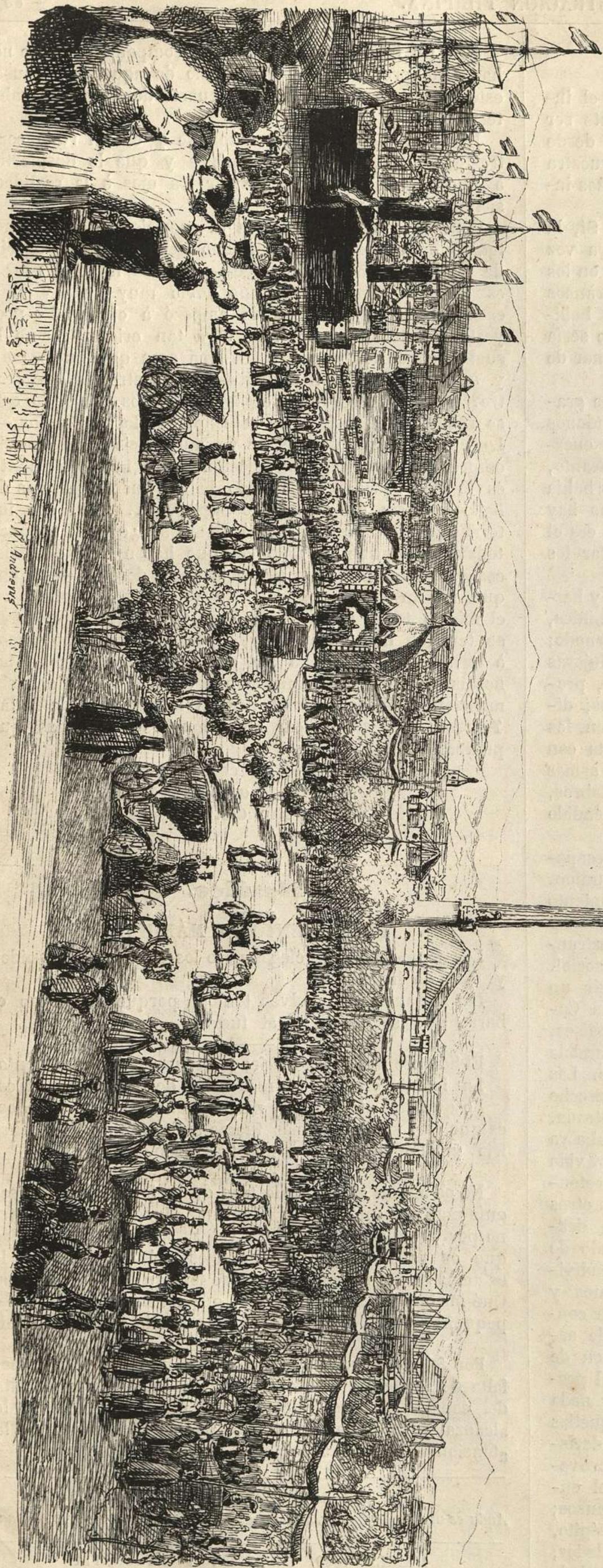
No os aflijais si corriendo tras de la fortuna, no conseguís mas que un mediano bien estar. Juzgad de la vuestra no por lo que esencialmente valga, sino por la felicidad que os procure. Si estamos lejos del sol, tambien lo estamos de las rejiones en que se forman las tempestades. Qué me importa, decía Horacio, que mi barca sea grande ó pequeña, con tal de que yo navegue en ella con comodidad?

Por falta de un clavo se pierde una herradura; por falta de la herradura se pierde un caballo y por falta del caballo es perdido el jinete, pues su enemigo lo alcanza y lo mata: todo ello por no haber parado la atencion en un clavo.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO ANTERIOR.

Anda es uno de los nombres que mas sobresalen en la historia filipina.

MANILA 1860. IMPRENTA Y LITOGRAFIA
DE RAMIREZ Y GIRAUDIER, EDITORES.
Calle del Beaterio n.º 10.



W. M. Anderson